



La huella de Tito Livio en el Inca Garcilaso de la Vega

Mario Castro Arenas

El período comprendido entre 1560 y 1616, es decir entre su viaje a España hasta su fallecimiento en Córdoba, fue decisivo en la formación intelectual del Inca Garcilaso de la Vega¹. Después de sus reclamos frustrados ante el Consejo de Indias para recuperar retribuciones monetarias y tierras de su padre, el Capitán Garcilaso de la Vega, y de paso limpiar la versión de infidelidad a la Corona sostenida por Diego Fernández El Palentino, el Inca participa en la guerra de las Alpujarras a órdenes de Juan de Austria. Gesto hidalgo y valeroso del hijo para desvanecer las sombras sobre la lealtad del padre².

Cumplida esta primera etapa de armas y litigios en defensa de la honra de su padre hispano, el Inca emprendió en la segunda etapa de su residencia en España la reivindicación de la memoria de la nación de su madre. Acto de hijo leal, doblemente consecuente con sus sangres.

La herencia de su tío Alonso de Vargas cancela sus penurias materiales y le permite concentrarse en lo que, con cierta tardanza, descubre como la justificación de su vida: eliminar los claroscuros de historiadores españoles que ensombrecen la verdad sobre sus abuelos indios. Para decirlo con sus propias palabras: *«Aunque ha habido españoles curiosos que han escrito las repúblicas del Nuevo Mundo, como la de México y la del Perú y las de otros reinos de aquella gentilidad, no ha sido con la relación entera de los que pudiera dar, de lo que notado particularmente en las cosas que del Perú ha visto escritas....»*³.

Presumiblemente, esa misión de escribir la verdadera historia del Imperio de los Incas brotó en su espíritu al leer la primera y desfavorable historia de autor hispano.

Quizás fue la de Francisco López de Gomara⁴. Fuera éste o algún otro historiador, el hecho es que el Inca reparó en el abismo entre su propósito reivindicacionista y polémico y las magras posibilidades intelectuales de alcanzarlo. En el Cuzco había tenido como ayo a Juan de Alcobaza y como preceptores a seis o siete maestros de latines, entre ellos el Licenciado Juan de Cuéllar, Canónigo de la Catedral del Cuzco. Tal formación resultaba insuficiente para su alta meta intelectual y nacionalista.

Es así, entonces, que el Inca se relaciona en Sevilla, al principio, en Montilla luego, y en Córdoba después, con intelectuales como el filólogo Bernardo de Córdoba; el jesuita Francisco de Castro; el Licenciado Juan Fernández Franco, y, según se sospecha, el insigne poeta andaluz don Luis de Góngora y Argote⁵. De acuerdo a Raúl Porras Barrenechea, «*empeñosamente trata, durante largos años, de reparar su cultura y llenar las lagunas de su ilustración. Busca maestros como Pedro Sánchez de Herrera y otros frailes humanistas y se embebe en la lectura de libros españoles e italianos. Lee las antiguas crónicas de Castilla que le darán aliento castizo de historiador, las curiosidades de Pero Mexía donde aprenderá amenidad y las epístolas del Padre Guevara que escondían los nuevos secretos y elegancias del idioma*»⁶.

Se ha investigado la biblioteca del Inca en su casona de Córdoba, como una guía de su ilustración renacentista. Entre sus libros de horas estaban Dante, Petrarca, Boccaccio, Ariosto, Tasso, Castiglione, Aretino, Bembo, Caro, corroborando su conocimiento del italiano, puesto ya de manifiesto en su traducción impecable del toscano al castellano de los *Diálogos de amor* de León El Hebreo o Abarbanel de Nápoles⁷.

En el cuerpo de su obra histórica, el inca cita, como ha anotado Aurelio Miro Quesada, historiadores españoles como Alfonso el Sabio y su *Crónica General*, a Fernando el Santo, Enrique II y Juan II. Igualmente menciona escritores no españoles como Plutarco, las Relaciones Universales de Giovanni Botero, Orlando de Ariosto, la historia de Francesco Guicciardini y *Los seis Libros de la República* del francés Jean Bodin⁸.

¿Conoció el Inca la *Historia Romana* de Tito Livio? En verdad, no cita explícitamente al historiador romano⁹. Pero, como intentaremos destacarlo, la magna obra de Livio, bien la conociera por lectura directa, bien por asimilación de historiadores españoles influenciados por el romano, está en la trama fundamental de los textos históricos del Inca. Subyace, verbigratia, en la concepción general de la historia como *vitae magistrum*, cual la concibió el romano ceñido a Cicerón. «*En el discurso de la historia -apunta el Inca en el proemio al lector de los "Comentarios Reales"- protestamos la verdad de las que ésta, y que no diremos cosa grande que no sea autorizándola con los mismos historiadores españoles que la tocaron en parte o en todo; que mi intención no es contradecirles, sino servirles de comento y glosa y de intérprete en muchos vocablos indios que, como extranjeros en aquella lengua, interpretaron fuera de la propiedad de ella, según que largamente se verá en el discurso de la historia...*»¹⁰. Agrega el Inca que «*verdad es que se tocan muchas cosas de las muy grandes que aquella república tuvo, pero escribenlas tan cortamente que aún las muy notorias para mi (de la manera que las dicen) las entiendo mal*»¹¹.

Para Garcilaso, el magisterio de la historia empieza por la dilucidación de su propia verdad y ésta no se establece por el predominio de una versión unilateral, errónea y dogmática, sino por la comparación, cotejo y depuración del entrecruzamiento de

diversas historias sobre el mismo tópico, con criterio unitario. Sigue en ello el ejemplo de Tito Livio, quien, como sabido es, reunió anales tradicionales, leyendas antiguas sobre el origen de Roma y los romanos, anécdotas sobre caudillos y magistrados, y aún historias fantásticas, mitos, fábulas, etc. cuanto pudiera concurrir, cernido y seleccionado, para la reconstrucción de la verdad histórica. Lo importante es cumplir la máxima de su maestro Marco Tulio Cicerón en el libro II *De Oratore*: «*Esse testem temporum, vitae magistrum, vitam memoriae, veritatis lucem et vetustatis numtiam*».

El Padre Las Casas cita a Livio en el copioso censo de historiadores antiguos que reseña en el prólogo de la *Historia de las Indias*. Y tomando el precepto de la *vitam magistrum* directamente de Cicerón, evoca a Livio al acuñar esta frase sentenciosa: «*Hermosa cosa, por cierto, es de los yerros que los pasados cometieron, tomar ejemplo*»¹².

En la exhumación estética de los prestigios del pasado greco-latino que significó el Renacimiento, los historiadores romanos de la antigüedad constituyeron modelo predilecto de los historiadores españoles renacentistas. A juicio de José Miranda, en el prólogo al *Sumario de la Natural Historia de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo, tres ramas cabe distinguir en la historiografía renacentista: «*la humanista, de los Bruni, los Coccio; la realista, de los Barros, los Cieza de León, y la política, de los Maquiavello, los Guicciardini. De estas tres ramas o corrientes, no adquirirán en España gran desarrollo más que las dos primeras, la humanista, en la que destacan al principio dos italianos asentados en la Península, Lucio Marineo Sículo y Pedro Mártir de Anghierra, pretende dar la pauta. El verdadero historiador, el docto, el que cultiva uno de los géneros literarios, más nobles y elevados, es aquél que funde su obra y le da forma en los crisoles y moldes greco-latinos. Sólo imitando a los historiadores clásicos en su contenido epopéyico, en su sentido didáctico y moralizador, en su tono grandilocuente, en su expresión sentenciosa y en el retórico estilo resultante, podrá alcanzarse la maestría requerida para ejercer oficio tan excelso y delicado*»¹³.

Sin embargo, la imitación del modelo greco-latino entre los historiadores españoles viene de más lejos. En penetrante estudio, Robert Tate ha registrado la presencia de Tito Livio en la obra histórica del Canciller Pero López de Ayala y Joan Margarit. López de Ayala se queja que Livio estaba poco menos que bloqueado «*en latín por vocablos ignotos et oscuros... yazía escondido et nunca jamas fue traydo nin leydo en los vuestros Regnos*»¹⁴. A la dificultad en el empleo del latín oscuro se añade el predominio de los extractos de la obra de Livio, trasunto de su constante popularidad. Como señala Francisco Montes de Oca, «*la ingente obra del paduano prestábase también, naturalmente, a la actividad de los coleccionistas, de los compiladores, de excerpta. Plinio el Joven declaraba en carta a Tácito que estaba extractando al historiador por mero pasatiempo. Y de Livio se extrajeron, asimismo, numerosos noticiarios: tal es la lista de los cónsules del *Chronicum* de Casiodoro, sacados de Livio y de Aufidio Baso; tal el *Liber Prodigiorum*, libro de los milagros, que coleccionó Julio Obsecuente allá por el siglo cuarto*»¹⁵.

No obstante los lamentos del Canciller López de Ayala, Tate ha demostrado la profundidad del influjo de Livio en las Crónicas, que señalaron en la historiografía de la época una variante del modelo de crónica real estructurado por Alfonso XI y Juan II¹⁶. Ayala utilizó recursos retóricos como la oratio recta que no fue original propiamente de Livio sino un tópico de la oratoria latina común en la historiografía antigua, pero que el

paduano empleó con notable elocuencia expresiva, impartándole sello casi de originalidad. Como traductor y difusor de *Las Décadas*, Ayala asimiló, por encima de todo, el sentido aristocrático, y hasta diríamos imperial romano, a la galería de personajes que desfilan en las Crónicas. Y es de resaltar las excelencias de la dualidad de quien, siendo un diplomático íntimamente comprometido con la problemática política de su tiempo, asimiló la elegante sobriedad historicista en su obra para afirmar la jerarquía de la aristocracia como componente esencial del establishment de la Edad Media.

Quizás es más nítido el soporte humanístico en el *Paralipomenón* del historiador catalán Joan Margarit, nacido en Gerona en 1421, muerto en Roma en 1484, conocido como El Gerundense. Como Ayala, fue diplomático, embajador y canciller bajo los reinos de Alfonso V y Juan II de Aragón y cardenal en Roma en 1483. Usó el latín con la propiedad que le concedían, por añadidura, sus títulos eclesiásticos de clérigo, cardenal y obispo de Gerona. La formación humanística de Margarit fue expresión directa de sus continuas y dilatadas estancias en Italia. Se doctoró en la universidad de Bolonia y durante su estancia romana se emprendieron vastas traducciones de historiadores y geógrafos griegos. Tal cual observa Tate, a este contacto con la Italia humanista ha de atribuirse su concepción del *Paralipomenón*¹⁷. La recreación de la Roma antigua era considerada por los humanistas, en general, como una perspectiva básica de la historia universal y, en particular, como la herencia que colocaba a Roma y al Vaticano en el centro del mundo. Margarit cita constantemente obras de Plutarco, Suetonio y Salustio, pero es Livio quien se imbrica en la forma y en el fondo. Por un lado, recurre a frecuentes interrupciones del relato histórico para introducir digresiones ajenas a la época de los acontecimientos, pero ligadas a elementos sustantivos; por el otro lado, interpola episodios extraídos de la Historia Romana, como fragmentos de las guerras púnicas o discursos de cónsules o monarcas romanos¹⁸.

La presencia de Tito Livio, por cierto, no se circunscribe a estos historiadores españoles. Colaboró a ello, indudablemente, el flujo de traducciones, extractos y resúmenes, como el de Floro, en boga en el siglo XV. Tate ha perseverado en la búsqueda de fuentes del autor romano, detectándolo, por ejemplo, en Juan de Aragón, quien, en 1370, trabajó con una traducción en siciliano. Desde Cataluña se difunde una sucesión de traducciones que conocieron historiadores como el catalán Antonio Cañáis, Fernando Valenti, Álvaro García de Santa María, de origen converso, el Marqués de Santillana y Rodrigo de Pimentel, conde Benavente, entre otros¹⁹.

El Inca frecuentó la amistad del renacentista español Ambrosio de Morales, quien acusa oblicuamente la presencia casi hegemónica de Tito Livio y otros historiadores romanos al protestar que, en las historias locales, más se trataba a Roma que a la propia España. Faltaría espigar en la obra de Morales la influencia de Livio para determinar si la huella en el Inca se filtra a través de ella; o, en otra hipótesis, por conocimiento directo del cuzqueño bajo la atmósfera renacentista de la intelectualidad andaluza.

Veamos ahora cómo el Inca revela la huella de Livio.

Anotamos antes al paso que, en la teoría histórica que el Inca expone en sus prólogos y proemios -y más que teoría abstracta, fuente de sus alegatos reivindicacionistas hispanos- procede de la máxima ciceroniana *vitae magistrum*

rejerarquizada por Livio. Más no sería solvente fundamentar su relación estilística y temática con el historiador romano, sólo en base a ella²⁰.

Empero, calando más a fondo los textos garcilasianos, no podemos menos que reparar que éstos, al igual que la de historiadores españoles anteriores a él, tienen como referente histórico a Roma, esto es la pulpa misma de la exégesis de Livio.

Ya en el proemio de los Comentarios Reales, el Inca compara el Cuzco a Roma, orgullosamente, realzando su grandeza histórica: «...como natural de la ciudad del Cuzco, que fue otra Roma en aquel Imperio, tengo más larga y clara noticia que la que hasta ahora los historiadores han dado.» Pero no se trata sólo de una reacción de excitado nacionalismo: Roma es el modelo de ciudad ideal, el axis mundi asumido por la totalidad de los historiadores renacentistas cuya tertulia compartió, y por los precursores medievales cuya lectura no omitió. Así, pues, la propuesta de Roma como cuna de un gran imperio, núcleo indiscutido de la civilización madre de la cultura de Occidente, es asimilada con naturalidad por el Inca como el molde histórico ajustado a maravillas para revalorizar el Cuzco y el Imperio Incaico.

Tito Livio, apologista máximo del Imperio Romano, suministró al Inca, ayuno de método histórico, el fundamento historicista para polemizar con los historiadores españoles contemporáneos sobre las excelencias del Perú precolombino, comparando el Cuzco a Roma y al Imperio Incaico al Imperio Romano, legándole, también, la visión imperial orgullosa de la unidad de una gran cultura civilizadora. Más aún, como veremos, el Inca se relaciona al método de Livio en las biografías de caudillos, tribunos, magistrados, reyes y cónsules romanos, al presentar a los monarcas incaicos. Y es clara la huella del modelo romano en la construcción técnica del corpus histórico en el ensamble de relato lineal, a la frecuente interpolación de pequeñas historias colaterales, unas realistas, otras fantásticas, que el Inca cuenta con sabrosura²¹.

Hasta la aparición de los Comentarios reales, la visión del Incario de los cronistas españoles era poco menos que la descripción de un territorio nimbado por sus riquezas auríferas y argentíferas y su escenario geográfico áspero y bravío y su fauna exótica. Pero el hombre, de rey a paje, de Inca a yanacona, era execrado vilmente. Francisco López de Gomara, a quien el Inca rectifica y reprueba a lo largo de su obra, sostuvo que los antiguos peruanos «son mentirosos, ladrones, crueles, sodomíticos, ingratos, sin honra, sin vergüenza, sin caridad ni virtud»²². Asimismo, asevera, que «sacrifican hombres, niños, ovejas, aves y animales salvajes y silvestres que ofrecen los cazadores. Prueban los corazones, pues son muy agoreros, para ver las buenas y malas señales del sacrificio, y cobrar reputación de santos adivinos, engañando a la gente... muchas veces sacrifican sus propios hijos, aunque pocos indios lo hacen, por más crueles y bestiales que son todos ellos en su religión; pero no los comen sino que los secan y los guardan en grandes tinajones de plata. Tienen casas de mujeres, cerradas como monasterios, de donde jamás salen; capan y hasta castran a los hombres que las guardan, y aún les cortan narices y brazos para que ellas no los codicien; matan a la que se queda preñada y peca con hombre; más si jura que la dejó preñada Pachacama, que es el sol, la castigan de otra manera por amor a la casta; al hombre que a ellas entra le cuelgan de los pies. Algunos españoles dicen que ni eran vírgenes ni aún castas...»²³.

Hasta el moderado Padre José Acosta insistió: «Y en el Cuzco, que era la corte y metrópoli, se le sacrificaban también niños». El prolijo y reflexivo Pedro Cieza de León no se exonera del escándalo de sus colegas españoles y zahiere a los indios por ejecutar a los prisioneros con navajas de pedernal o de cobre y de que practiquen el pecado nefando de la sodomía, a pesar de que entre ellos «había mujeres muchas, y algunas hermosas»²⁴.

Frente a estas imágenes de un canibalismo primitivo y feroz o de una antropofagia ritual de carácter religioso, como insinúa Cieza de León, el Inca las rebate con elegancia, aunque con agudo ánimo polémico. Empieza por deslindar errores geográficos en algunos cronistas (particularmente Gomara que no conoció el Perú y escribió sólo de oídas) que atribuyen tal laya de sucesos a regiones o provincias ubicadas fuera de los límites del Cuzco: «Y así un historiador, dice, hablando de los Incas, que sacrificaban hombres, mujeres y niños y nombra dos provincias donde dice que se hacían los sacrificios: la una, está poco menos de cien leguas del Cuzco (que aquella ciudad era donde los Incas hacían sus sacrificios) y la otra es una de dos provincias de un mismo nombre, la una de las cuales está a docientas leguas al sur del Cuzco y la otra más de cuatrocientas al norte, de donde consta claro que no por dividir los tiempos y los lugares atribuyen muchas veces a los Incas muchas cosas de las que ellos prohibieron a los que sujetaron a su Imperio, que las usaban en aquella primera edad, antes de los Reyes Incas»²⁵.

Zanjando la controversia de criterios sobre sacrificios humanos, el inca ofrece un valiosísimo testimonio personal directo: «Yo soy testigo de haber oído vez y veces a mi padre y sus contemporáneos, cotejando las dos repúblicas, México y Perú, hablando en este particular de los sacrificios de hombres y del comer carne humana, que loaban tanto a los Incas del Perú porque no los tuvieron ni consintieron, cuanto abominaban a los de México... volviendo a los sacrificios, decimos que los Incas no los tuvieron ni los consintieron hacer de hombres o niños, aunque fuese en enfermedades como las de la gente común: teníanlas por mensajeros, como ellos decían, de su padre el Sol, que venían a llamar a su hijo para que fuese a descansar con él al cielo...»²⁶.

En otro aspecto embarazoso como el de la idolatría, para definir el grado de civilización o barbarie alcanzado por los Incas, Garcilaso se mueve con sutileza para concordar con algunos cronistas como Cieza o para despejar errores de otros. Gomara sostiene que «porfiaban en idolatrías y vicios abominables y que, astutamente, fingían convertirse al cristianismo, pero que no enterraban a sus muertos en las iglesias sino en sus huacas, colocando bultos de paja en los ataúdes en lugar de cuerpos humanos»²⁷. Buscando denigrar la religiosidad inca, Gomara proporciona un aporte elocuente de la resistencia de los naturales en abjurar de su fe precolombina, por ser honda y genuina para ellos. Como corroboración de esta resistencia a aceptar a rajatabla y con falsía el monoteísmo cristiano, tan distante de sus genuinas costumbres, años más tarde los llamados extirpadores de idolatrías descubrirían la supervivencia de ritos ocultos como el Taqui Onkoy y las huacas reveladoras de que si bien el Imperio Incaico, territorial y físicamente había sido ocupado y desmembrado por extranjeros, mantenía su unidad religiosa por encima de las vicisitudes de la colonización, afirmándose así la identidad cultural aborígen en medio de violentas y sistemáticas represiones²⁸.

De esa guisa, el Inca se yergue como el fundador de la unidad religiosa monoteísta de simbología primordialmente heliolátrica que constituía el culto oficial del

Imperio, refutando las versiones de los cronistas españoles que, inciertamente, presentaban una masa confusa de behetrías. El Inca, como se conoce, habla de dos edades, la primera en la que campeaba la behetría del politeísmo adornándose animales salvajes o domésticos, elementos de la naturaleza o yerbas, plantas y árboles; en la segunda edad, la edad de madurez del Imperio, Manco Capac inició su labor civilizadora y extrajo a los naturales de los errores del politeísmo. Así, por obra de la persuasión del fundador del Imperio, vale decir por un ascenso en la escala de la barbarie a la civilización, los incas, según Garcilaso, «*los desengañaba de la bajeza y vileza de sus muchos dioses... y persuadió a sus primeros vasallos que adorasen el Sol y lo tuvieran por su Dios*»²⁹.

Asimilado a la religión de su padre, el Inca se esfuerza por hallar analogías entre el monoteísmo cristiano y el monoteísmo inca e ingresa en una ingenua competencia con el Padre Acosta. Esta aduce que las semejanzas como el Capac Raymi eran tretas del demonio para remedar los sacramentos de la santa iglesia, destacando la veneración de estatuas de piedra, la existencia de una imitación de la Santísima Trinidad, la edificación de templos suntuosos y gigantescos y la confesión de los pecados, al estilo católico. Por su lado, siguiendo en algo al jesuita historiador y etnólogo, el Inca habla, en la segunda parte de los Comentarios, que los antiguos peruanos rastrearon al verdadero Dios Nuestro Señor. Menciona, también, en este punto sus concordancias con Cieza y Padre Fray Jerónimo Román, autor de la *República de las Indias Orientales*, en cuanto que el concepto del dios Pachacamac, porque en aquel general lenguaje del Perú «no hay otro nombre para nombrar a Dios sino éste»³⁰.

¿Podían ser bárbaros los hombres que poseían el concepto de un sólo Dios y que abominaban, además, idolatrías y sacrificios humanos?

Garcilaso cumple en el plano religioso la primera prueba de que el Imperio Incaico constituía una entidad espiritual centralizada, un universo religioso sólidamente estructurado con ritos, liturgia, sacramentos, eclesiásticos y la concepción monoteísta semejante a la de otros grandes imperios de la tierra.

Empero, el Imperio Incaico no brotó ex nihilo. Sus orígenes, como el del Imperio Romano, se enraízan en la leyenda. Tito Livio, para narrar el origen de Roma, arranca de la edad heroica u oscura de los griegos, es decir de la embellecida neblina de la leyenda, para entroncar las raíces de la fundación de la mítica ciudad con los últimos defensores de Troya, Antenor y Eneas. Ante los muros de la derruida ciudad, los héroes troyanos buscaron un espacio hospitalario bajo el sol. Antenor penetró a los confines del Mar Adriático, expulsó a los eugeneos y los henetos, y se estableció entre el mar y los Alpes. Cuando los muros de Troya se diluyeron en el horizonte, Eneas partió, primero, a Macedonia, luego a Sicilia, hasta que, finalmente, sus fatigadas huestes se desparramaron por los territorios del rey Latino.

Advirtamos cómo Tito Livio acoge distintas versiones sobre la llegada de Eneas a la tierra del rey Latino:

«Una vez en estas playas, los troyanos, a quienes tan larga navegación por estos mares, por los que habían vagado durante años, solamente les había dejado armas y naves, se desparramaron por las campiñas en busca de

botín, cuando el rey Latino y los aborígenes, que ocupaban entonces la comarca, acudieron en son de guerra desde la ciudad y parajes inmediatos, para rechazar la agresión de aquellos extranjeros. Dicen unos que, después de ser derrotado, ajustó Latino y se alió con Eneas. Otros aseguran que estando frente a frente, los ejércitos, antes de darse la señal, avanzó Latino con lo más escogido de los suyos e invitó al jefe de los extranjeros a una conferencia. Preguntólo de qué nación eran, de dónde venían, qué revés de fortuna les había desterrado de su país y qué propósito les traía a los campos laurentinos. Cuando se enteró que eran troyanos, de que su capitán era Eneas, hijo de Anquises y de Venus, y que huyendo de su patria y sus moradas incendiadas buscaban paraje para edificar una ciudad, pasmado de admiración ante aquel glorioso pueblo y su caudillo, viéndoles además tan dispuestos a la guerra a la paz, tendió la mano a Eneas como prueba de su futura amistad. Ajustóse entonces el tratado entre los jefes y se reunieron los ejércitos. Eneas vino a ser huésped de Latino y éste, en su palacio, ante el altar de sus dioses penates, le dio a su hija por esposa, para estrechar con lazos domésticos la unión de los dos pueblos... constituyeron, pues, una ciudad y Eneas, del nombre de su esposa, la llamó Lavinia. De este matrimonio nació muy pronto un hijo, a quien sus padres llamaron Ascanio»³¹.

El relato de Tito Livio todavía recoge el eco de La Ilíada y La Odisea. Después de la espantosa hecatombe de la guerra entre aqueos y troyanos, la leyenda se suaviza y pacífica. Ya no combaten los ejércitos y los caudillos son hombres de razón. Eneas se ha convertido, como Ulises, en un héroe marítimo itinerante; pero, fatigado de su trashumancia misógina, se sedentariza y se desposa en una nueva tierra de orden y paz.

Aunque la leyenda de Eneas difiere de la leyenda de Manco Capac y Mama Ocllo, fundadores del Cuzco, ambos proceden de la matriz mítica arquetípica de los héroes fundadores. Y dentro de las variantes de héroes fundadores, ambos son lo que la antropología moderna llama, héroes culturales. Eneas y Manco Capac no imponen armas: exponen razón. Garcilaso aseguró haber recibido de un viejo tío de la nobleza incaica, esto es de una fuente de la tradición oficial cuzqueña, la versión del origen de Manco Capac y su hermana Mama Ocllo: «Del cerro Huanacauri salieron nuestros primeros reyes cada uno por su parte, a convocar las gentes, y por ser aquel lugar el primero de que tenemos noticia que hubiesen hollado con sus pies, teníamos hecho en el, como es notorio, un templo para adorar a Nuestro Padre El Sol... el príncipe fue al setentrión y la princesa al mediodía. A todos los hombres y mujeres que hallaban por aquellos breñales les hablaban y decían cómo su padre El Sol los había enviado al cielo para que fuesen maestros y bienhechores de los moradores de toda aquella tierra... éstos fueron nuestros primeros Incas y Reyes, que vinieron en los primeros siglos del mundo, de los cuales descendien los demás Reyes que hemos tenido, y destos mesmos descendemos nosotros»³².

Livio describe el esfuerzo civilizador de primaria urbanización centrípeta que llevan a cabo Eneas y sus descendientes hasta Rómulo y Remo, hijos de la vestal Rhea Silvia, hija de Numitor: «A la muerte de Eneas, su hijo Ascanio no se encontraba aún en edad de gobernar... este Ascanio, viendo que crecía con exceso la población de Lavinia, dejó la ciudad floreciente e importante ya por aquellos tiempos, a su madre o a su suegra, y marchó a fundar otra al pie del Monte Albano... a Ascanio sucedió su hijo Silvio, nacido ignoro por qué casualidad en medio de los bosques. Este es padre de Eneas Silvio, cuyo hijo fue Latino Silvio. Fundó éste algunas colonias, éstos fueron los antiguos latinos, y desde aquel tiempo quedó el nombre de Silvio como apelativo de todos los reyes que reinaron en Alba. Después se sucedieron de padre a hijo, Alba, Atys, Capys, Capeto y Tiberino; ahogóse éste al atravesar el río Albula, al que dio su nombre, llegando a ser tan célebre en la posteridad. A Tiberino siguió su hijo Agripa, y a éste Romulo Silvio»³³.

Tito Livio recopila diversas versiones sobre los sucesivos fundadores o formadores de Roma y exhibe su cautela sobre la autenticidad y cronología de las versiones anotando: «No aseguraré (¿quién puede asegurar nada de un hecho tan remoto?) si se trata ciertamente de Ascanio o de algún otro niño nacido en Creusa antes de la destrucción de Troya y que acompañó a su padre en la huída... éste Ascanio, pues, cualquiera que fuese su nombre y el lugar de su nacimiento...»³⁴. Así, también, Garcilaso, además de la versión del origen de Mama Ocllo y Manco Capac recogida de la fuente familiar cuzqueña, transcribe otras versiones sobre los mismos hechos, por ejemplo, la que parte del diluvio universal, el de Noe o algún otro, Garcilaso no lo sabe «porque más parecen sueños o fábulas mal ordenadas que sucesos historiales», y sitúa el origen de la gentilidad incaica en el Tiahuanacu, al sur del Cuzco, y no aparece un sólo primer monarca sino cuatro, en la línea de Livio: Manco Capac el primero, Colla el segundo, Tocay el tercero y cuarto Pinahua. Asimismo acoge otra versión que relata que, al principio del mundo, salieron por unas ventanas de unas peñas, en un lugar llamado Pucartambo, cuatro hombres y cuatro mujeres, todos hermanos³⁵.

Con la reacción típicamente renacentista de sus referentes históricos, el Inca menciona sarcásticamente al mito de Pirra y Deucalión para ensombrecer el desbarajuste de fábulas y leyendas existentes en todos los pueblos de la antigüedad³⁶.

En este punto, Garcilaso formula una observación de oro para comprender su método de composición por paralelismos históricos:

«Y también se pueden cotejar las de una gentilidad con la otra, que en muchos pedazos se remedan»³⁷.

Lo que dice el Inca es que no es posible comparar integralmente dos realidades humanas y sociales, buscando que sean iguales. Sin embargo, la historia de la humanidad tiene en la matriz el mismo origen; por ende, los mismos o muy semejantes mitos de fundación. Pueden existir, y de hecho existen, variantes importantes, de la misma realidad. Empero, «muchos pedazos se remedan», dado que son la parte de un todo, en otras palabras, una específica civilización -la parte- en la trama integral de la humanidad -el todo. Asombra, ciertamente, esta precoz observación del Inca Garcilaso

de la Vega en el umbral del siglo XVII, adelantándose a los estudiosos de la antropología moderna, como Frazer, Levy-Straus, Marcel Mauss, etc.

En buena cuenta, el Renacimiento, con el entorno a los orígenes greco-latinos, preparó la forja de la conciencia del origen unitario del hombre y sus producciones sociales, de la que es tributario el Inca. De esa simbiosis de regreso al pasado y proyección al futuro, de conservatismo y audacia, nace la conciencia moderna de Occidente. De un lado, el hombre renacentista recupera sus orígenes, retrocediendo al pasado estéticamente prestigioso y humanista, a sabiendas que él continúa la huella de aquéllos artífices sociales y artísticos, de Homero y Platón, de Eurípides y Herodoto, de Pericles y Tito Livio. De otro lado, la multiplicación de viajes por el globo terráqueo y el descubrimiento de América, que fue como el encuentro de la Atlántida, es decir el espacio de la Utopía, reveló la esfericidad y finitud del universo. Se partía de un punto y alejándose, alejándose en los océanos incógnitos, se retornaba al mismo punto. La unicidad del mundo demostraba la unicidad del hombre, sus mitos y creaciones sociales. Por consiguiente, retomando la expresión de Garcilaso, «*se pueden comparar las gentilidades*», las diversas civilizaciones del mundo, porque muchos pedazos se remedan, muchos mitos y sociedades son comparables.

En el capítulo XXI del libro primero de los Comentarios Reales, sobre *Protestación del autor sobre la historia*, el Inca prosigue el desarrollo de su teoría histórica:

«Y porque todos los hechos de este primer Inca son principios y fundamento de la historia que hemos de escribir, nos valdrá mucho decirles que aquí a lo menos los más importantes, porque no los repitamos adelante en la vida y hechos de cada uno de los Incas, sus descendientes, porque todos ellos generalmente, así los Reyes como los no reyes, se preciaron en imitar en todo y por todo la condición de este primer príncipe Manco Cápac. Y dichas sus cosas habremos dicho las de todos ellos»³⁸.

Y luego agrega:

«Porque, en fin, de estos principios fabulosos procedieron las grandezas que en realidad de verdad posee hoy España, por lo cual se me permitirá decir lo que conviniere para la mejor noticia que se pueda dar de los principios, medios y fines de aquella monarquía... Demás desto, en todo lo que desta república, antes destruida que conocida, dijere, será contando llanamente lo que en su antigüedad tuvo de su idolatría, ritos, sacrificios y ceremonias, y en su gobierno, leyes y costumbres, en paz y en guerra, sin comparar cosa alguna de éstas a otras semejantes que en la historias divinas y humanas se hallan, ni al gobierno de nuestros tiempos, porque toda comparación es odiosa»³⁹.

Con su cautela india, Garcilaso parece como arrepentido de cometer pecado por audacia o soberbia, pretendiendo comparar el Imperio Incaico a todos los imperios de la humanidad. Pudorosamente atenúa el énfasis absolutista de sus apreciaciones y condesciende a dejar en libertad a sus lectores para que juzguen, subjetivamente, el decurso de la historia:

«El que las leyere podrá cotejarlas a su gusto, que muchas hallará semejantes a las antiguas, así de la Santa Escritura como de las profanas y fábulas de la gentilidad antigua. Muchas leyes verá que aparecen a las de nuestro siglo, otras muchas oirá en todo contrarias. De mi parte he hecho lo que he podido, no habiendo podido lo que he deseado. Al discreto lector suplico reciba mi ánimo, que es de darle gusto y contento, aunque las fuerzas ni la habilidad de un indio nacido entre los indios y criado entre armas y caballos no puedan llegar allá»⁴⁰.

Centurias y Decurias

Así como Tito Livio describe la fundación de Roma como una ceremonia revestida de profunda sacralidad, del mismo modo el Inca pormenoriza la fundación del Cuzco como el cumplimiento de una misión encomendada por los dioses:

«La primera parada que en este valle hicieron -dijo el Inca- fue en el cerro llamado Huanacauri, al mediodía de esta ciudad. Allí procuró hincar en tierra la barra de oro, la cual con mucha facilidad se les hundió al primer golpe que dieron con ella, que no la vieron más. Entonces dijo el Inca a su hermana y mujer: "En este valle manda Nuestro Padre el Sol que paremos y hagamos nuestro asiento y morada para cumplir su voluntad. Por tanto, Reina y hermana conviene que cada uno por su parte vamos a convocar y atraer esta gente, para doctrinar y hacer el bien que Nuestro Padre el Sol nos manda"»⁴¹.

Tito Livio puntualiza la expansión de Roma tanto como un proceso de crecimiento urbano, de conurbación forjado por las armas, cuanto como la consecuencia de una tarea de proselitismo religioso, que representa el paso de la barbarie a la civilización. Cuenta Livio que Numa Pompilio, al igual que Rómulo, consultó a los dioses para conocer el asiento de la ciudad sagrada. Un augur llevó a Numa Pompilio al Monte capitolino, *«hízole sentar allí sobre una piedra, vuelta la cara al mediodía, y el mismo augur, con la cabeza cubierta y teniendo en la mano un cayado sin nudos, llamado lituus»*, se

volvió a su izquierda. Recorriendo en seguida con su vista la ciudad y los campos, trazó con el pensamiento líneas imaginarias en el espacio comprendido entre Oriente y Occidente, colocando la derecha al mediodía y la izquierda al norte; en seguida designó en frente de él y todo lo lejos que pudo un punto imaginario, y cogiendo al fin el acayado, con la mano izquierda y extendiendo la derecha sobre la cabeza de Numa pronunció esta plegaria: «¡Oh Júpiter, padre de la naturaleza, si tu voluntad es que Numa, cuya cabeza toco, sea Rey de Roma, muéstramelo en señales evidentes en el espacio que acabo de señalar!»⁴².

Las tres versiones que recoge el Inca sobre el origen del Cuzco poseen una matriz religiosa o mágica, como la de Roma. Y, como hemos destacado antes, el desarrollo urbano del Cuzco inició un temprano apogeo: «Y es así que al oriente de la ciudad, de la gente que por aquella banda atrajo, en el espacio que hay hasta el río llamada Paucartampu, mandó poblar, a una y otra banda del camino real de Antisuyu, trece pueblos, y no los nombramos por excusar prolijidad: casi todos son de la nación llamada Poques. Al poniente de la ciudad en espacio de ocho leguas de largo y nueve o diez, de ancho, mandó poblar treinta pueblos que se derraman a una mano y otra del camino real de Cunsisuyu. Fueron estos pueblos de tres naciones de diferentes apellidos, a saber: Masca, Chillqui, Papri. Al norte de la ciudad se poblaron veinte pueblos, de cuatro apellidos que son: Mayu, Zancu, Chnchapuc-yu, Rimactampu»⁴³.

El temprano talento organizativo de los romanos es magnificado por Tito Livio al recordar que «la posteridad atribuye a Servio la gloria de haber introducido en el Estado el orden que distingue las categorías, las fortunas y dignidades, estableciendo el Censo, institución provechosísima para un pueblo destinado a tanta grandeza. Este reglamento imponía a cada cual la obligación de contribuir a las necesidades del Estado, así en paz como en guerra, no por tasas individuales y comunes como antes, sino en proporción a sus rentas. En seguida formó las diferentes ciases de ciudades y las centurias, así como también aquel orden, fundado sobre el Censo mismo y que tan admirables fue, tanto en la paz como en la guerra»⁴⁴.

Al leer probablemente estas páginas de Livio, Garcilaso advirtió que si la clave de la grandeza de Roma era un orden basado en la estadística censal, vale decir en la distribución armoniosa de hombres y recursos al servicio de la paz y la guerra, el Imperio Incaico tenía los mismos atributos organizativos como para reclamar primacía en el concierto de las grandes naciones o civilizaciones del orbe.

«Para principio y fundamento de su gobierno -testimonia Garcilaso- inventaron los Incas una ley, con la cual les pareció prevenir y atajar los males que en sus gobiernos pudiesen nacer. Para lo cual mandaron que en todos los pueblos grandes o chicos de su Imperio se registrasen los vecinos por decurias de diez en diez, y que uno de ellos, que nombraban por decurión, tuviese cargo de los nueve. Cinco decurias de éstas de a diez tenían otro decurión superior, el cual tenía cargo de los ciento. Cinco decurias de asiento estaban sujetas a otro capitán decurión, que cuidaba de los quinientos. Dos compañías de a quinientos reconocían un general, que tenía dominio sobre los mil; y no pasaban las decurias de mil vecinos, porque decían que para que uno

diese buena cuenta bastaba encomendarle mil hombres. De manera que había decurias de a diez, de a cincuenta, de a ciento, de a quinientos, de a mil, con sus decuriones o cabos de escuadra subordinados unos a otros, de menores a mayores, hasta el último y más principal decurión que llamamos general»⁴⁵.

Cabe destacar en este punto la similitud entre la organización censal romana descrita por Tito Livio y la incaica ponderada por Garcilaso y Fernando Santillán. De acuerdo a Livio, formaban la primera jerarquía o clase de romanos aquellos que poseían un censo de cien mil ases o mayor; dividíase ésta en ochenta centurias, cuarenta hombres jóvenes y cuarenta de hombres maduros... a esta primera clase añadió dos centurias de obreros, que servían sin llevar armas y cuyo trabajo consistía en preparar las máquinas de guerra; a la segunda clase pertenecían aquellos cuyo censo era inferior a cien mil ases hasta setenta y cinco mil, componiéndose de veinte centurias de ciudadanos jóvenes y viejos... para la tercera clase se exigía un censo de cincuenta mil ases y el número de centurias, la división de edades, el equipo de guerra, exceptuando los botines era igual que en la segunda⁴⁶; y prosigue Livio desmenuzando la compleja, armónica y, al mismo tiempo, severa organización estadística, que transformaba a los ciudadanos en soldados obreros, núcleo militar y productivo de un Estado rígidamente centralizado en registros matemáticos, al igual que los vasallos de los Incas.

¿Puede desconocerse que en esta estructura estatal romana concentrada en un aparato político-militar-productivo, tan elogiada por Tito Livio y otros historiadores romanos que constituyeron fuente de suscitación a los historiadores españoles e italianos renacentistas, encontró Garcilaso quizás la suscitación más poderosa para parangonar el Imperio Romano al Imperio Incaico?

Débase especificar, por otra parte, que ninguno de los cronistas españoles contemporáneos de Garcilaso, cuyos textos glosa acordando o disintiendo, vale decir Cieza de León, López de Gomara, Zarate y el Padre Acosta, utiliza módulos matemáticos romanos para designar la contabilidad censal incaica.

El Padre Acosta observa que «conquistando cada provincia, luego reducían a los indios, a pueblos y comunidad y contábanlos por parcialidades, y a cada diez indios ponían uno que tuviese cuenta de ellos, y a cada ciento otro, a cada mil otro, y a cada diez mil otro, y éste llamaban huno, que era cargo principal»⁴⁷. Cieza, sin entrar en detalles, señala que «los señores principales y sus delegados mandaban que supiese en cada pueblo los hombres y mujeres que habían muerto y todos los que habían nacido, para efectos tributarios y de alistamiento militar, y que el registro censal se llevaba en los quipus»⁴⁸.

Solamente Garcilaso habla de decuriones, que es vocablo latino submúltiplo de los centuriones del Imperio Romano.

Igualmente Garcilaso menciona que el Imperio Incaico estaba dividido en cuatro partes, que llamaron Tahuantisuyu, que quiere decir las cuatro partes del mundo. Entre

las reformas introducidas en Roma por Servio estaba la división de la ciudad en cuatro barrios, formados por las cuatro colinas habitadas entonces.

Multiplíquense, por aquí, por allá, las semejanzas entre el método histórico de Tito Livio y el método del Inca Garcilaso. Verbigratia, éste estructura el desfile de los monarcas incaicos, sus semblanzas biográficas, el recuento de sus hazañas militares, los avances en la extensión del Imperio, o sus desfallecimientos y cobardías, presentándolos como seres humanos con flaquezas y elocuencias, y no como ídolos de oro o estatuas de mármol.

Es posible que esta técnica de medallones humanos situados en sus contextos históricos la admirara Garcilaso, también, si no en la directa fuente de Livio, en historiadores españoles que le antecedieron en la recepción de tal influencia, a saber, Fernán Pérez de Guzmán (1376-1460), autor de *Generaciones y semblanzas*; o *Claros varones de Castilla* de Hernando del Pulgar (1436-1493); o la serie de biografías individuales, tales como *El victorial* o *Crónica de don Pedro Niño, Conde de Buelna* de Gutierre Díez de Games, la *Crónica Don Álvaro de Luna*, escrita, al parecer, por Gonzalo Chacón, y la anónima *Crónica del Condestable Lucas de Iranzo*⁴⁹.

En una u otra medida, cada uno de estos historiadores españoles recibió la rica herencia latina de Tito Livio, Suetonio y Plutarco.

Por encima de cualquier otra analogía en el detalle de la concepción o composición histórica, el Inca Garcilaso, como otros historiadores renacentistas de su tiempo, asumió centralmente el modelo de historia total de Tito Livio, pues reiteramos que el modelo del Imperio Incaico es el Imperio Romano, arquetipo del Estado centralizado militarista.

Historia total, digo, porque Livio organiza su método histórico por acumulación de otros modelos o submodelos, ensamblando diversas técnicas en un orden central. En la Historia Romana, como se ha relevado desde la antigüedad, Livio, recurrió a la técnica de la historia narrativa para contar los orígenes, crecimiento, madurez y crepúsculo del imperio; recurrió a la recopilación de fábulas, mitos y leyendas mágicas que coexisten a lo largo del decurso romano; recurrió a las arengas oratorias para condensar determinados episodios o períodos tensos, al igual que discursos y proclamas; recurrió a las semblanzas biográficas de reyes, cónsules, senadores, militares; recurrió a la transcripción textual de otros historiadores como a Fabio Píctor, a quien cita de continuo, Acilio Glabrión, Cincio Alimento, Calpurnio Pisón, a Valerio Anciato, a Licinio Macro y a Elio Tuberón. Alcanzó a conocer *Los Orígenes* de Catón. En resumen, no hay técnica histórica que no acepte o adecue, si beneficia sus propósitos.

Mas no es un transcriptor neutro de textos ajenos: los revisa, los deshuesa, conculca o polemiza con versiones distintas a la suya u opiniones antagónicas a la que sustenta como republicano apasionado, que fue, como contemporáneo del período febricitante del triunvirato de Julio César. Pompeyo y Craso, de la dictadura de Julio César y de la magnificente prosperidad de Augusto, su protector benévolo⁵⁰.

El Inca Garcilaso, cual hombre del Renacimiento, recibió la formidable herencia intelectual de la antigüedad greco-latina, y asimiló el modelo de historia total de Tito Livio, idóneo a los fines de reconstrucción historicista del imperio subvalorizado o desfigurado por sus precursores y coetáneos.

En primer término, acude el Inca a la importantísima fuente oral de la tradición familiar y jerarquiza dicha fuente constantemente, porque lo que está en juego es la credibilidad de los testimonios; y así, citando a su tío viejo de la aristocracia cuzqueña y «*lo que mis niñeces oía muchas veces a mi madre y a sus hermanos y tíos y otro sus mayores acerca de este origen y principio*»⁵¹ y pidiendo a sus parientes por carta desde España que le aclaran éste o aquel punto aporta un testimonio verídico que puede refutar las versiones de segunda mano de Gomara y otros.

A los testimonios de la fuente familiar incorpora el Inca la fuente derivada de la imperecedera fuente de fábulas y leyendas transmitidas, oralmente, de generación en generación, de pueblo en pueblo, de anónimos ancianos a jóvenes de la gleba, para que continúe propagando su tradición no escrita. En el primer libro de los Comentarios Reales, por ejemplo, trata de la idolatría y los dioses que adoraban antes de los Incas, de fábulas historiales del origen de los Incas, la idolatría de la Segunda Edad y su origen, cómo rastrearon los Incas el verdadero Dios Nuestro Señor, cómo tenían los Incas una cruz en un lugar sagrado.

La primera y segunda parte de la Historia General del Perú, concentrada a la llegada de los españoles al reino del Perú, a los principales episodios de la conquista y derrota, prisión y muerte de Atahualpa, y la larga serie de guerras civiles entre hispanos, forman un admirable repositorio de fábulas y sabrosas anécdotas. Podría citarse de entre ellas, por ejemplo, la admiración que suscitó en los indios de Tumbes la presencia del griego Pedro de Candía, «*un hombre tan grande, cubierto de pies a cabeza, con barbas en la cara*». Los indios soltaron un león y un tigre (sic) que tenían prisioneros para que lo devoraran; pero viéndolo al cristiano y a la señal de la cruz se echaron a sus pies como dos perros mansos⁵². Rememora Garcilaso la profecía contada a Huayna Cápac de «*la llegada de gentes nunca vistas ni imaginadas que quitarían a sus hijos el Imperio, trocarían su república y destruirían sus idolatrías*»⁵³. Acoge también la reacción ingenua de los naturales que pusieron mucho oro y plata a los caballos para que se alimentaran y cómo los españoles les alentaban a que les llevaran más de aquel pasto a los pesebres.

Entre los hechos fantásticos que pronostican el desastre del Imperio Incaico, Garcilaso describe cómo le contaron a Atahualpa que, entre las señales del cielo, estaba un cometa gigantesco de color verdinegro, grueso como el cuerpo de un hombre y más larga que una pica, similar al que apareció poco antes de la muerte de su padre Huayna Cápac.

Refiere Garcilaso las hazañas de don Pedro de Alvarado en el reino de México, a manera de preludio de hazañas futuras en el Perú. Alvarado saltó por encima de un puente de más de veinte y cinco pies de vacío, usando una lanza, quedando los indios tan admirados de ese salto que le llamaron hijo de Dios. En otra ocasión, estando en Sevilla, don Pedro giró en círculo él mismo, alrededor de una alta torre, empleando como sostén un frágil palo; y en otro episodio, dio otro gigantesco salto sobre un pozo.

Por cierto, corroborando su inclinación a los paralelos con héroes romanos, Garcilaso presenta el gesto de amistad y paz de Diego de Almagro y Pedro de Alvarado cuando estaban a punto de enfrentarse en Riobamba, «*como acaeció cerca de Lérida entre los soldados del muchas veces grande Julio César y de los capitanes pompeyanos Petroyo y Afranio*»⁵⁴.

El Apóstol Santiago, guerrero en la conquista de México, apareció también en la conquista del Perú. Los naturales, al admirar una pintura en la que Santiago el Apóstol lucía con caballo blanco, la adarga embarazada y la espada en alto, decían: «*Un Viracocha como éste era el que nos destruía en esta plaza*»⁵⁵.

En la segunda parte de la Historia General se habla del soldado Pedro Maldonado, según Garcilaso, «*el hombre más alto y más corpulento que yo he visto allá y acá*»⁵⁶. El descomunal soldado recibió el impacto de una pelota de artillería, pero no murió por designio de la Virgen María, dando la pelota descomunal contra un misal que llevaba rezando en el seno...

Pero Garcilaso no sólo prestó oídos a los hechos maravillosos por mandato católico, sino también a actos de milagrería pagana que recuenta deleitosamente, como los que se produjeron alrededor de Francisco Hernández Girón el Tirano, levantado en armas contra los Oidores. En polémico y constante cotejo con la versión de El Palentino, Garcilaso ofrece la versión de que Hernández Girón formó una compañía de ciento cincuenta esclavos negros. Capitán general de la compañía fue un tal Maese Juan. Fue la primera vez que los negros formaron una fuerza militar autónoma. Tiempo después, en el siglo XVIII, durante el levantamiento de Juan Santos Atahuallpa volvió a organizarse una fuerza militar de esclavos africanos, al mando del cimarrón Antonio Gatica. Hernández Girón fue aficionado al asesoramiento de astrólogos y hechiceros, destacando entre ellos una mujer morisca. Los soldados de Hernández Girón, refiere Garcilaso, le sugerían que también consultase a agoreros indígenas, expertos en descubrir el origen de hechos triviales, como si el zumbido del oído derecho era porque hablaban bien de la persona que lo sentía, y si se hablaba mal en los casos en que los zumbidos se percibían en el oído izquierdo⁵⁷.

La historia narrativa llega al máximo esplendor en los capítulos dedicados a la guerra civil encabezada por Gonzalo Pizarro y Francisco de Carbajal. El talento desplegado en *La Florida del Inca* madura excepcionalmente en la segunda parte de la Historia General, de la cual se podría extraer cualquier fragmento para exhibir la habilidad narrativa de quien habría sido un eximio novelista de habérselo propuesto:

*«De la manga de arcabucero que estaban a la mano derecha del escuadrón de Gonzalo Pizarro, salieron treinta y tantos arcabuceros, mostrándose muy fieles, dando a entender que iban a trabar escaramuza con los contrarios. Más viéndose algo apartados de los suyos, corrieron a toda furia a meterse en el escuadrón real. Y éstos y los que antes se habían huído, todos decían al General y a sus ministros que no saliesen a pelear, sino que se estuviesen quedos, que muy presto se pasarían todos los de Pizarro y se quedarían solos»*⁵⁸.

El Inca desmitifica la batalla de Xaquijaguana, pintándola como una caricatura militar, puesto que la desertión de los capitanes y soldados de Gonzalo Pizarro a las huestes del Presidente La Gasea la convirtió en un episodio irrisorio y sin grandeza.

Asimismo, en lo atinente a semblanzas o medallones de capitanes españoles Garcilaso compite con Gomara en las excelencias estilísticas. Sin ninguna duda, Garcilaso es el cronista más brillante de las guerras civiles, por encima de Diego Fernández El Palentino y Pedro Gutiérrez de Santa Clara. Y en ello lo acrecientan no sólo el excepcional temple narrativo de sus relatos, sino la habilidad para fusionar a menudo estampa humana y psicología, continente y contenido, imagen física y carácter. Admiraremos fragmentos de sus semblanzas de Francisco de Carbajal:

«El maese de campo Francisco de Carbajal, preciándose de su soldadesca, traía casi de ordinario, en lugar de capa, un albornoz morisco de color morado, con un rapacejo y capilla, que yo se la vi muchas veces. En la cabeza traía un sombrero aforrado de tafetán negro y un cordoncillo de seda muy llano, y en él puestas muchas plumas blancas y negras, de las alas y colas de las gallinas comunes, cruzadas unas con otras en derredor de todo el sombrero, puestas en X. Traía de ordinario esta gala por dar ejemplo con ella a sus soldados, que una de las cosas que con más afecto les persuadía era que trujesen plumas cualesquiera que fuesen porque según decía eran gala, y divisa propia de los soldados y no de los ciudadanos, porque en éstos era argumento de liviandad y en aquéllos de bizzaría»⁵⁹.

Veamos esta otra semblanza de Gonzalo Pizarro, a quien su padre le salvó la vida dándole su caballo Salinillas:

«Fue Gonzalo Pizarro gentil hombre de cuerpo, de muy buen rostro, de próspera salud, gran sufridor de trabajos, como por la historia se habrá visto. Lindo hombre de a caballo, de ambas sillas; diestro arcabucero y balletero, con un arco de bodoques pintaba lo que quería en la pared. Fue de ánimo noble y claro y limpio, ajeno a malicias, sin cautelas ni dobleces; hombre de verdad, muy confiado de sus amigos o de los que pensaba que lo eran, que fue lo que le destruyó. Y por ser ajeno de astucias, maldades y engaños, dicen los autores que fue de corto entendimiento. De riquezas ganadas por su persona, podemos decir que fue señor de todo el Perú, pues lo poseyó y gobernó algún espacio de tiempo con tanta justicia y rectitud, que el Presidente lo alabó, como atrás se ha dicho. Dio muchos repartimientos de indios, que valían a diez, y a veinte y a treinta mil pesos de renta, y murió tan pobre, como se ha referido»⁶⁰.

Arenas de capitanes españoles y capitanes indios, de Atahualpa y Gonzalo Pizarro; fragmentos de discursos de monarcas y oidores; páginas y frases de historiadores

antiguos, se mezclan, como en Tito Livio, en la obra del Inca Garcilaso, clásico por la limpieza del idioma, renacentista por su culto a las cosas viejas y elevadas, universal por su visión unitaria del universo, y peruano y americano por el amor nostálgico y desesperado y viril de su raza, su sangre y su cultura. A más de cuatrocientos años de su nacimiento, hoy refulge vivo, límpido, deslumbrante, como el oro que labraron las manos de sus abuelos.

Panamá, 1994.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

